

BALCON

VACANCIA



SUMARIO

BALCON: VACANCIA. — JUAN MIGUEL BARGALLO CIRIO: LOS JOVENES FRENTE A SU JUVENTUD (II). — ALBERTO J. DIAZ BAGU: ELEGIA. — CLEMENTE ESPEJO: MIRILLA. — MAXIMO ETCHECOPAR: UNA REVOLUCION EN FRIO. — JOSE M. DE ESTRADA: EL VOTO FEMENINO. — MIGUEL RETO: LA PINTURA EN EL SALON NACIONAL. — SANSOYO: DIARIO DE UN BUZO. — GUILLERMO BUITRAGO: DIBUJO DE LA PORTADA.

El crecimiento a saltos es ya ley en la historia argentina. Por lo menos tres generaciones de antepasados han conocido sus briznas: ascensiones del país en el plano de sus valores vitales. Tras los periodos de euforia han seguido etapas de depresión y a veces de desaliento. Para el terreno conquistado nunca fué abandonado por completo. ni la crisis del 77 ni la caída del 90 ni la paralización de 1931 agudizaron algo más que un alto reposante en el orgulloso surgir de nuestra parábola histórica.

Desde esta última fecha, el país parecía, sin embargo, haber entrado en un estancamiento definitivo. Sus silenciosos dirigentes hicieron crisis; su población permaneció estacionaria; su comercio exterior se inmovilizó en cifras apenas variables; su ya vetusta estructura política no cedió el paso a fuerzas renovadas de convivencia. Una ciudad argentina —Rosario—, exponente arquitectónico del engrandecimiento material argentino, comenzó a exhibir esa vetustez prematura y desagradable de las grandes fábricas abandonadas.

Mar de alis que de golpe el país inicia un nuevo envión hacia adelante. No interesa ahora discernir lo extrínseco de sus causas: el hecho es que el impulso industrial se multiplica, la tierra se valoriza, aumenta el índice de natalidad a la espera de una inmigración que pugna por irrumpir en nuestras puertas. La Argentina esboza su personalidad internacional y, en lo social, se inicia una revolución silenciosa consigo misma.

Pero esta vez el proceso de expansión ya no encuentra su adecuada inducción política. En otros países ellos se han visto expresados ya en un hombre ya en un estamento social. La Francia del siglo XVII encontró el primer camino, y el Rey Sol dió su nombre al siglo. La Inglaterra del siglo XIX encontró el segundo, y la burguesía comerciante de la City puso en el mundo la impronta indeleble de su estilo y de su imperio.

Ojalá que esta nueva era de progreso —huérfana como estamos de sólidas estructuras sociales— hubiera podido encarnarse en un hombre. Ojalá que ese hombre pudiera haber sido el que hoy gobierna la Nación. Pero los que tienen el deber de ver claro no pueden engañar ni engañarse. Un viejo torro de la política rioplatense ha hablado de "falta de pan". Mas allá de cualquier ejemplificación concreta, eso mismo es lo que nos dice la intuición, y nos obliga a proclamarlo.

Hoy, que buscan entonces el camino estrecho. Lo que no puede, lo que no es capaz de hacer un hombre, debe hacerlo, con más dificultad y trabajo, una generación. Nos adelantamos apresuradamente a señalar por qué quehacer no puede ser estrictamente intelectual ni puede cumplirse por más persuasivos o de interpretación de los hechos. La labor debe ser sumida en el barro —en el fango, si se quiere— de la acción pura. Pero sólo la pueden realizar núcleos naturalmente dirigentes, los que son capaces de gobernar los acontecimientos, no los que se sienten gobernados por ellos.

Expresar políticamente al país en esta nueva etapa rampante de su destino, he ahí la gigantesca tarea a cumplir. Para ello debe asociarse en una síntesis integral e indivisible las tres corrientes básicas de la actual sociabilidad argentina. Primero, la que emana del nacionalismo; su conciencia de país soberano; segundo, la que procede de la revolución laborista: el acceso a las palancas dirigentes de los sectores populares; tercero, el residuo salvable de las viejas generaciones liberales: el respeto a la ley y la salvaguardia de un estilo de conducta y de vida.

Sobre este tripode se puede y se debe forjar un poderoso movimiento político atenido al mínimo común denominador de aquellos elementos indispensables. Profundamente nacional, racionalmente popular, sinceramente ceñido a normas establecidas, despojado de todo ropaje anacrónico (aunque el anacronismo sea de ayer y nos resulte grato), esa nueva fuerza morigerará, en la combinación, a cada uno de sus ingredientes y evitará, que cada de ellos llevado por su propia dialéctica, resulte excluyente y perturbador. Al propio tiempo suplirá una vacancia: la vacancia dejada por quienes tuvieron en su mano llenar con sus nombres una etapa de nuestra historia y han resultado inferiores a la misión que esa historia les requería.

El país necesita constructores y no parásitos apañachadores de esa grandeza que una vez más llama a nuestras puertas. BALCON

LOS JOVENES FRENTE

Sobre dos nociones capitales versó nuestra anterior exposición, las de juventud y crisis. Juventud, que biológicamente es época en que un organismo en auge se cubre la fase del cuarto creciente, y que psicológicamente es prebición de riguroso encuadre de conceptos, prevalencia del ideal sobre las exigencias supuestas o efectivas de la realidad y notorio dominio de un motivo intelectual, espiritual o afectivo sobre todo el resto de la vida psíquica. Juventud que es estilo de fuerza y pasión, que es confianza y alegría. Juventud que es consonancia entre lo que la mente entiende y lo que la voz expresa.

Crisis que individualmente es autoconciencia y opción de destino. Que socialmente implica inconformismo con los módulos a los que se sujeta la vida de relación. Examen de los fundamentos. Ruptura con el pasado próximo y búsqueda de un cauce por el que corran sin salirse de madre las aguas turbulentas de toda esa energía vital que la crisis libera y excita.

Destaque la congruencia, entre la situación de crisis y la actuación juvenil, dado el carácter crítico que la propia juventud importa. Lain Entralgo, cuyo excelente libro ya citamos, nos señala que en esta edad se inician y cumplen tres magnos sucesos de la vida del hombre: el hallazgo y la creación de la propia personalidad, el descubrimiento de la continuidad y de la fugacidad de la vida, la capacidad de intervenir personal y creadoramente en el curso de la historia. Conclui parangonando con la misión de la juventud en tiempo de crisis, aquello que dice el Eclesiástico del Profeta Jeremías "Consagrado desde el seno de su madre para arrancar, destruir y arruinar; para edificar, plantar y reforzar". Es que a veces para edificar es previo destruir, y para plantar arrancar.

La vida social de los jóvenes se expresa y manifiesta en el mundo contemporáneo según dos vertientes principales, la clase social a que pertenecen y el sentido de sus preocupaciones, eso que desde fuera y desde dentro del hombre mismo, mueve su actividad toda o lo más noble de ella en una dirección fija. Por supuesto que siempre dentro de tal ámbito geográfico determinado, más o menos amplio, según fuere la comunidad de circunstancias históricas, la facilidad y el deseo de relacionarse, y la conciencia más o menos explícita de un problema común a resolver, de una obra común a realizar.

Trataré de determinar cuál es esa juventud, esa o esas generaciones juveniles sobre cuya particular actuación quiero ocuparme. Creo que es un urgente tema de estudio, el de averiguar hasta qué punto es la Argentina una unidad hecha, cuál es la hondura de su unidad o sea en qué medida trasciende la mera organización jurídica estatal. Cuáles son las fisu-

ras que la agrietan, cuáles los tópicos que pueden robarse. También es urgente conocer en qué medida nuestra ser, por encima de la organización estatal, comienza o se concreta, con otros, con los que puede darse más allá de las fronteras territoriales, intereses para ellos y salvaguardia de valores comunes. Al efecto que busco, doy por supuesto como ámbito geográfico de la generación juvenil el que señalan los límites que se alcanzan en los límites hasta donde llega el ejercicio de la soberanía política. Se trata a su vez de la juventud, que por su categoría social y su preparación —el pudor nos impide hablar de "formación" universitaria, íntegra ese círculo al que se llamó durante mucho tiempo "clase dirigente". De una juventud que de algún modo primero en casi pura teoría, y luego cada vez más en anheloso contacto con la realidad "hic et nunc", con su entendimiento y régimen, quiere ocuparse de la más alta y la más noble de las obras temporales o sea la conducción política.

Pero hay más, se que voy a tocar un punto de harto espinoso y a decir algo susceptible de malentenderse. Esta generación de la que me ocupo lleva al plano político una auténtica, una viva preocupación religiosa. En política es antes que nada católica. No por cierto

solamente católica; pero en amplia medida es su profesión de fe, no sólo la que dibuja las líneas principales de su actuación política, sino más la que le hace impostergable esa actuación. Cuando la línea religiosa es verdaderamente tal cruza el ser de arriba abajo y no hay ya potencia ni oposición que no resulte signada con esa impronta. No se trata de emplear la religión para el uso y go-bierno de la cosa pública, no se trata de ceñir la religión a la política, o de constituir a la Iglesia en un Estado. Esta última actuación que hoy se dirige a los católicos que se mantienen irreductibles a la tentación liberal, la deroga ya con igual injusticia a toda la Iglesia Católica. Dostoyevsky en la siniestra figura del Gran Inquisidor, y en aquellas palabras de otro de sus personajes que contraponiendo la iglesia rusa a la romana, dice: "No es la Iglesia la que se convierte en Estado: eso es Roma y su ensueño, es la tercera tentación diabólica. Es al contrario el Estado el que se convierte en Iglesia..." Esta juventud no pretende como Dostoyevsky hacer del Estado una Iglesia, tanto valdría negar la subsistencia de un orden de la naturaleza cuyas leyes no han sido destruidas por la gracia. La que busca, lo que desea, y aquello por lo que lucha

es el reconocimiento de una moral jerárquica de los órdenes, lucha por alcanzar en sí misma esa unidad fundamental que no reside en confundir Estado con Iglesia, o naturalera con gracia, sino en armonizar en toda vida cristiana, individual y social, ambos factores. Es que sabe que en su actuación política puede jugar su destino eterno. Es que conoce que todo voluntario desorden cualquiera sea el plano en el que inicie es pecado y engendra pecado.

Creo tener situada ya la generación juvenil de la que me ocupo. Hablo de quienes vieron la luz en la Argentina, entre el año 1913 en que antes de la primera guerra nos hallábamos en el cenit de la confianza en el progreso y la civilización, hasta 1928 más o menos, en que se hacen sentir las últimas sorpresas aparentes de esa conflagración. De esa generación que abrió los ojos hacia el clamor de la cosa pública, y se dejó poseer y ganar por la semilla de la fe que el bautismo puso en su alma. No hablo de una entelequia, hablo de una promoción juvenil, que ha vivido y vive una común y agitada circunstancia histórica, que ha enfocado afanes similares, que se apoya en creencias comunes, que se ha formado en un grupo de autores y pensadores predilectos, que posee un estilo común,



RESPUESTA A MARCELO

Al Dr. Alejandro Sánchez Soriano.
Estimado amigo.

He leído con particular atención su carta del 21 del ese, en la que me advierte Vd. "sobre perplejidad" al entrecruzarse por la aparición simultánea en Barceles de un artículo mío y de otro suyo sobre la política de derecha. "de que encaramos con criterios distintos, que no es decir opuestos, los mismos o casi los mismos temas".

Le confieso que no he logrado desvanecer todavía la perplejidad que, a su vez, ha producido en mí la lectura de su carta. Porque por ella me entero de que la suya y la mía son "dos posiciones liberalmente en disidencia"; de que no es Vd. quien se señala en disidencia" y que, por consiguiente, debo ser yo; de que lamenta Vd. que no haya yo "creído prudente concretar ninguna alusión al planteo desarrollado en su trabajo, pese a que así la reclamaba la propia novedad de los temas abordados"; en fin, de que nos debemos mutuamente "una ya necesaria dilucidación".

Mi perplejidad se trunca en desconcierto, cuando reflexiono y advierto que la tesis en cuestión es

tals en el desarrollo lógico de la serie de artículos iniciados por mí el 5 de julio, y que su defensa estaba particularmente prevista en el del 19 de julio. Implicaría ello que sin advertirlo Vd. a yo, y a pesar de nuestra asidua y común colaboración en Barceles, ya entonces estábamos en "liberal disidencia".

El desconcierto se trunca en asombro cuando reflexiono más profundamente y advierto que es la mi posición, lejos de ser nueva, es tan antigua en mí como mi existencia literaria, ya que está defendida en "Concepción Católica de la Política", mi primer libro de 1932, y ha sido sostenida luego en publicaciones sucesivas y ha constituido el tema central de la tenaz campaña contra Maritain y sus amigos, campaña llevada, no precisamente y tan sólo contra su izquierdismo, si no contra su naturalismo, en el cual incurrió después de haberlo impugnado tan enérgicamente en l'Action Française. Tres lustros, querido Doctor, de amistad, y, en cierto modo, de común colaboración, sin que ni Vd. ni yo advirtiéramos la "liberal disidencia", y, lo que sería peor, de una disidencia provocada por mí; lo

cual, de ser exacto, implicaría que recién, por vez primera, el 20 de setiembre último, habría yo defendido una nueva posición y justamente, en el número de Barceles en que Vd. sobre el mismo tema defendía una posición distinta, sino opuesta.

Confieso que no acierto a ver claro en este asunto, porque son tantas y tan grandes las implicancias que se acumulan, confieso que hasta empiezo a dudar sobre la identidad de mi persona en estos lustros transcurridos; identidad, por otra parte, de la que me resisto a dudar, pues mis adversarios, los "maritainistas", no cesan de tildarme de "continuista" y "tozudo empedernido".

Además, tampoco acabo de ver por qué el hecho de publicar Vd. sus notables artículos sobre "La derecha", deba determinar en mí la omisión o disminución de la defensa de una tesis a la que me había comprometido. Tampoco acabo de ver, por qué debía yo aludir a esos artículos, ataca sostiene Vd. en ellos que una pura política de derecha sea la salvación del mundo moderno? Yo, al menos, no he leído en ellos tal cosa. Y si hubiera creído que podría entrar en ellos implícita, no me hubiera atrevido a

A S U J U V E N T U D (II)

empeñando por sobre tantas particularidades individuales.

Al tomar contacto consciente con la realidad, se dijo del orden que regia la vida social, lo mismo que Vigny dijera en su poema:

—hay ordenes aparentes que encubren los pecados disímiles.

—ese es, — un orden de superficie, engañando, mentiroso... un orden mortal para la fecundidad, para los intereses, profundos, durables de la raza y de la patria. Antes de descender en detalle, tuvo esa intuición del cosmos. Vió una subversión fundamental renovándose en las entrañas, bajo una superficie de apariencia límpida y tranquila como la de un lago. Padeció en tantos casos individuales la dolorosa sensación de divorciarse de sus padres. Mirarlo hacia adelante comprendió que quizás también para ella se escribió en el Eclesiástico, "Hora hay de matar y hora de medicinar; hora de demoler y hora de edificar".

Dice Thibaudet en su Historia de la Literatura Francesa, que la generación literaria de 1820, "no es una generación de herederos, pues ese cuarto de siglo no le ha transmitido un mundo hecho, sino un mundo por hacer y no le ha dejado modelos". La situación de esta generación es aún más precaria, ya que por sobre los cumen- tos de la construcción futura que

apenas se comienzan a esbozar, se muestra aún la mole atumada, aunque en casos de aparentes fúrras, o el ascenso confuso de todo lo que ha caído o debe caer. Muestra peligrosa de cosas buenas y malas. De verdades y valores que hemos de conservar y que por desgracia aparecen unidos a tantas otras cosas que reclaman el historial a la piqueta.

La época a cuya agonía, y cargo a la voz agonía con todas sus tentados, asistimos, se apoyó en dos pilares: a) en la exaltación de la razón humana, única fuente de todo conocimiento válido; b) en el dominio de la naturaleza y de los medios de riqueza como fin supremo de la vida. El propio Martineau que tan generoso cuarto peligroso esfuerzo ha hecho por "simpatizar" con el mundo de hoy, lo afirma con precisión en "Ciencia y Sabiduría": "Un mismo desorden al corazón humano hacia la posesión de las cosas por los medios de dominación material y por los medios de dominación intelectual. Es muy significativo que el reino de la ciencia divinizada y el reino del dinero hayan tenido su primera aurora anunciadora, a la misma hora en la madama del mundo moderno".

En cuanto a la primera, en cuanto a ese culto de la ciencia positiva hecha paradigma de todo y

cualquier legítimo saber y como decida como el todo sobre precipitada humana, no cuanto al racionalismo orgánico, esa generación comprendió desde el primer momento en qué posición había colocado al hombre. La razón era pensada en formular a la zaga de Descartes ideas claras y distintas sobre todos los problemas, empezando a la zaga de Kant en organizar todo conocimiento según las formas de la ciencia físico matemática de Newton, actuó como disolvente y corrosivo. Segregó al hombre de Dios, de la tradición, de la sociedad, de la agrupación profesional y no pudiéndolo ya enfrentar a nada lo volvió contra sí mismo. En sus epígonos, el racionalismo por una curiosa inversión, exige para sí y sus obras y para su propio campo, la adhesión de fe, a la que antes combatiera tan saludablemente. En "La crisis de la civilización", Hinzburg lo hace notar en frase bien precisa: "Extraños tiempos estos. La razón que otrora conculcó la fe y creyó haberla destruido, ahora para huir la propia ruina debe buscar en ella una salvación". Fideísmo absurdo pues en los linderos de la ciencia la evidencia racional y no otra cosa es el criterio de verdad. Ahorrando pues el remedio no ha de venir de introducir una fe, que no es verdadera, pues no viene de lo

alto, en campo que no le es propio, sino en respetarla en el que le pertenece. Los últimos resaca- dos del proceso los anotó Ortega en

"El tema de nuestro tiempo", en términos de lucidez aguda, el hombre "Pierde toda fe espontánea, no cree en nada que sea una fuerza clara y disciplinada. Ni en la tradición ni en la razón. Ni en la colectividad ni en el individuo. Sus resortes vitales se aflojan... No conserva esfuerzo suficiente para sostener una actitud digna ante el misterio de la vida y el universo. Física y mentalmente degenera... mengua el coraje viril... comienza el reinado de la cobardía... En estas edades de conculcación el valor se convierte en una cualidad insólita que sólo algunos poseen".

De lo segundo a sea del estado de cosas en que nos coloca ese afán desmesurado por los bienes materiales, ese empeño por centrar en su procura toda la vida humana, tenemos pruebas patentes que cantan con la voz de plomo de los hechos, toda la miseria, toda la inferioridad, toda la increíble e inabarcable mediocridad hasta la que ha descendido el hombre.

Bajo ese revestimiento de hechos y cosas detestables, subyace no obstante en buena parte del mundo moderno, aunque no en cuanto moderno, una armazón, un esqueleto, un alma que debe ser salva- da. Hay instituciones, costumbres, concepciones, verdades que deben preservarse y que se nos aparecen imbricadas en todo ese follaje de errores y perversiones que es necesario desmenujar. Por eso esta generación se abre paso y afirma su postura luchando al mismo tiempo sobre dos frentes.

Las gentes de su clase y en especial los hombres maduros, quieren conservar todo tal cual está. Con una hipocresía a veces no conciente, hacen hincapié con grita fanática en la defensa del orden jurídico formal, en la esperanza de que sus columnas sostengan todo el orden de cosas establecido, y con la incapacidad de la medida en que ése orden ha de corresponder y proporcionarse al verdadero ser social. Parece que le fuera necesario ver el reflejo material de lo que es hoy la vida, en un espejo, tal como Dorian Gray, el personaje de Wilde, podía observar reflejado el estado de su alma en los rasgos de su célebre retrato. Parece que les fuera necesaria esa visión carnal, ya que son ciegos para toda luz del espíritu. Para ellos nuestra generación los traiciona. Ignoran que la alternativa es trágica, ignoran todo el valor del que es menester recubrirse para sobreponerse a ese monstruo anónimo, a esa tiranía colectiva, que es la opinión de una clase, su coacción. Ignoran que no es posible servir a dos señores. Pero del otro lado, la lucha se declara a todo lo existente, a lo que aflora y a lo que subyace, a lo malo y a lo bueno, a la desviación del principio y al principio mismo. No es posible tampoco buscar o aceptar una alianza con estas oscuras fuerzas,

SANCHEZ SORONDO

explicitarlo, ya que mi tarea no estaba provocada, en lo más mínimo por sus artículos, y no tenía yo ni derecho ni deber de explicitar lo que Vd. podría hacer perfectamente.

En fin, habla Vd. de que se hace necesaria una dilucidación. Pero pregunto: dilucidación de qué? ¿Acaso no logro yo dilucidar el punto que me había propuesto?

¿Querrá Vd. decir dilucidación de nuestra "literal disidencia"? Pero, ¿es que entonces disintimos?

¿Será que entonces Vd. defiende que la solución del mundo hay que buscarla en una pura política de derecha? En este caso, permítame rogarle, estimado amigo, señale Vd. directamente la fragilidad de mi argumentación. Pues no creo que sea menester repetir aquí una argumen- tación largamente expuesta en el artículo de referencia. Sólo me ha de permitir que, en este caso, lo señale mi extrañeza de que una persona como Vd., a quien admiramos por su fino y satirizado espíritu de observación de realidades sociales, no haya percibido que, hoy por hoy, se impone precisamente como solución de los problemas que aquejan a los pueblos modernos una política que superando los viejos y estériles esquemas de iz-

quierda y derecha, se atee al destino total y a las aspiraciones totales del hombre educado en la civilización cristiana, una política simplemente católica. Una política que, reconociendo su insuficiencia histórica y vital para resolver la vida pública del hombre, recurra a la Iglesia y colabore con Ella en la restauración de la naturaleza caída; una política que, reconociendo asimismo el carácter supranacional que asume hoy la simple posibilidad de su ejercicio, trabaje en el sentido de los valores supranacionales de la secular civilización cristiana; una política que, teniendo conciencia de la necesidad de una clase dirigente como elemento estructurador de la sociedad perciba también que estamos en una época de prevalencia del hombre-masa, del *common man*, y que sólo de allí, debe salir esa clase dirigente y perciba sobre todo que la obra educadora de la Iglesia es insustituible en esta formación de grupos directores; una política que sin escatimar el cumplimiento de "la justicia social" más amplia, generosa y justa que hayan reivindicado jamás ninguno de los movimientos políticos y sociales que acudaban las izquierdas" no murra en los desva-

rios ideológicos de la Revolución. Y en esta misma caracteres —lo mismo que oponen al naturalismo la supranacional a lo meramente nacional; una clase dirigente surgida de la masa a una clase dirigente "privilegiada", la justicia social en la tradición histórica de orden a un conservatismo también de privilegio —quiero señalarle cuatro puntos que sólo pueden darse en una política católica; y que no podrá ofrecer una "pura política de derecha" que, de sus entrañas, es naturalista, no tiene sentido de lo supranacional auténtico, imagina una clase dirigente no consubstancializada con la multitud, a la que desleña y, en fin, no ve con buenos ojos los programas de justicia social. Una política, en suma, no sólo sin condiciones curativas pero ni siquiera con posibilidades de actuación.

Tal es mi punto de vista, estimado doctor. Yo no creía que otro pudiera ser el suyo. Pero como Vd. habla de "literal disidencia", a Vd. le corresponde, entiendo, fijar cuál sea ésta, porque recién entonces podríamos intentar el examen de su conciliación o síntesis.

Saludo a Vd. con particular afecto, suyo en Cristo.

JULIO MEINVILLE.

que en definitiva llevan a sus últimos límites y consecuencias, los postulados materialistas y otros contra los que tomamos hoy posiciones.

Por ella mismo tales fuerzas consideran a nuestra generación como el redento más consono de la reacción, como un mayor enemigo. Pareciera además que en cada batalla que sea derribado hubieran inexorablemente de caer menudadas cosas que aborrecemos y cosas que respetamos.

¿Qué nos cabe entonces hacer en horas como ésta? Por de pronto, y de algún modo hacemos presentes. Dice Laitin Entralgo que en estas situaciones críticas más que un aprendizaje de adulto el joven es entonces un hombre joven positivamente caracterizado por la peculiaridad de su juvenil contribución a la historia. La juventud existe como tal y reclama petulante y hasta agresiva su derecho a la operación histórica. Esto es necesario. Dudar como Hamlet es en definitiva suicidarse. Dice el infeliz protagonista: "La razón no halla que me explique porque vivimos, digo, esto se debe hacer, habiendo causa y voluntad y fuerzas y maneras para poderlo hacer". No nos pasa también a nosotros que a fuerza de inquirir causas y destilar razones nos quedemos sin hacer lo que debemos. ¿Pero que es lo que debe y puede, y como puede y debe hacerlo esta generación?

JUAN MIGUEL BARGALLÓ CIRIO.

(*) Ver BAZILLON, N.º 13.

UNA REVOLUCION EN FRIO

Na nos llamemos a engaño. Perón y el peronismo importan un cambio radical en la vida argentina.

El que a través de tantas vicisitudes, de tanta inestabilidad aparente, de tantas vacilaciones y tropiezos en la marcha del gobierno de junio, Perón consiguiera una y otra vez pisar terreno firme, proviene de que le tocó en suerte asumir frente a la situación política anterior al 4 de junio, cuyo ciclo histórico habíase cerrado, la representación de "lo nuevo". De lo nuevo en cuanto tal, de lo que nuevo absoluto, en bruto, de que siempre le ha correspondido obrar a partir de hechos consumados.

Así, y para no referirnos sino al orden interno, más que sus propias aptitudes políticas, a Perón le ha beneficiado su condición de gran síndico liquidador de la quiebra ya consumada del régimen democrático.

No habría modo de imaginar siquiera la continuidad y progresivo afianzamiento de Perón en el mando político si antes no se aceptase, o mejor, no se viese —ya que a la vista salta— que el régimen anterior al 4 de junio, considerado no en tal cual de sus partes sino en su totalidad, hallábase en las últimas. Estaba maduro para morir y morir.

Adviértase, cuando más no sea, que la prédica en pro de una mayor justicia social de que tanto se

hacía el peronismo, cobraba de tiempo atrás los programas socialistas, y hallábase efectivamente realizada en no pocas leyes del trabajo de inspiración socialista o radical.

Es que la originalidad política de Perón, contra lo que en general se piensa, contra lo que acaso el piense, no consistió, no consiste, en su famosa "justicia social", ni en su destreza para imponerse a sus compañeros de armas —aunque ambos factores, claro está, contribuyeran al éxito peronista— ni en cosa alguna que no sea el haber, pura y exclusivamente, considerado al régimen político anterior al 4 de junio como una totalidad orgánica, en cuya veltada caerían también todos sus componentes.

El azoramiento, el no disimulado despecho, el alardear tardíamente de sus avanzadas programáticas sociales, que caracterizan la actual situación de las fuerzas de izquierda, no tienen otro asidero lógico que el saberse —tales fuerzas— comprendidas en la quiebra general del Régimen. Y quien busque una prueba aún más concluyente que la anterior, no tiene sino que recordar el ruidoso fracaso que comportó la unión de comunistas y democráticos en la última contienda electoral. Tal coyuntura, lejos de beneficiar mutuamente a las partes contrayentes, no hizo más restarles —mutuamente también— fuerzas y voces.

En efecto, nada favoreció tanto a Perón, y muy probablemente al país también, como que los comunistas hicieran tanta chompa con los democráticos. Tal estado determinó en la Argentina la suerte adversa del comunismo por no pocos años.

Es que, insustitutos, el acuerdo político de Perón consistió en obrar —y aunque sus ideas hayan sido otras— como si todas las fuerzas políticas vinculadas al Régimen existiesen, por eso mismo, muertas.

Perón, claro está, más fácil es ser liquidador de lo viejo, del pasado concluso, que depositario y responsable de lo nuevo, de lo futuro que se aproxima ya, pero con la fisonomía torcosa aún. Una cosa es discernir que una legalidad dada ha perdido vigencia colectiva y que, por tanto, hay que desentenderse de ella, y otra, mucho más ardua, acertar con el nuevo ordenamiento jurídico que toda sociedad, sin solución de continuidad, exige. Para lo primero bastan buen ojo y audacia; para lo segundo se precisa genio, genio político.

Que no asuste demasiado esta última expresión. Que tampoco se nos tilde de enfáticos al enumerarla. Contrariamente a lo que pudiera creerse el genio político es menos relumbriante, menos oscurioso que el literario, el científico o el militar. Como tiene que laberlasear con realidades infinitamente más humanas, más arduas y problemáticas que las literarias, científicas o militares, rara vez refulege nítido, sólo por excepción



EL VOTO FEMENINO

No vamos a tratar aquí acerca de la oportunidad o inoportunidad del dictamen de nuestro Senado sobre el voto femenino; sólo nos limitaremos a considerar un aspecto de los muchos por donde puede ser juzgado este hecho y que atañe a una razón de orden general, aplicable sin duda a nuestro caso particular pero que le sobrepasa y trasciende.

Por nuestra parte —y vaya esto como previa digresión— creemos que toda participación activa de la mujer en la vida política es algo en sí desordenado, sólo admisible como un mal menor frente a otros males, y que supone por tal motivo una situación deficiente. Así, cuando en una de sus últimas alocuciones el actual Pontífice se refirió a la intervención de la mujer en los asuntos públicos, señalando normas para las mujeres católicas, no hemos de creer por eso que haya propiciado la participación de la mujer en política y, más concretamente, el voto femenino, como algunos lo han pensado, sino simplemente que ha indicado las obligaciones de la mujer católica frente a sus derechos políticos allí donde tales

derechos han sido establecidos por el poder civil. Es decir, supuesto el caso de que haya voto femenino, de qué modo debe usarse de éste para el bien de la comunidad.

Mas dejemos ahora este y otros planteos semejantes del tema. Tampoco nos referiremos a las consecuencias perniciosas a que puede dar lugar la intervención de la mujer en la vida pública, (ya alguien ha hecho notar ocurrentemente el significado peyorativo que advierte a este último término cuando se aplica a la mujer); no; hemos de atender directamente a una muy particular y concreta circunstancia, o mejor dicho, a cierto argumento que suelen emplear los feministas cuando propician el voto femenino, y que ha sido esgrimido también aquí entre nosotros.

Dicen en efecto los feministas que debido a la evolución misma de las cosas y al progreso en general ha logrado la mujer alcanzar el nivel en que se encuentran colocado el hombre, y que por lo tanto debe otorgársele los mismos derechos políticos que a éste. Suelen añadir también que la mu-

jer ha estado sometida durante siglos, y que ahora —en la era de la libertad— ha llegado el momento de su emancipación y de hacerse entrega del derecho de elegir a sus gobernantes y aún el de ser elegida.

Prescindamos de esa sobrestimación del hombre que implica el argumento de los devotos del progreso a propósito del estancamiento ascensional masculino, y consideremos sólo la subestimación de la mujer que de hecho practican los feministas al proclamar que ella ha sido sierva durante centenares de años y que recién ahora, al lograr los derechos políticos, adquiere la plenitud de su libertad, es decir la oportunidad de desenvolver sus posibilidades y energías.

Hay en efecto en los partidarios del voto femenino una sobrestimación de la mujer junto a una sobrestimación del voto. No ignoramos que por el voto entienden los feministas sencillamente la participación en la política; bien, pero aún así, suponiendo que el voto signifique el medio más directo de intervenir en política (puede por ello afirmarse que el

derecho al voto agregue un apice a las muchas excelencias que desde tiempo inmemorial se han manifestado en la mujer o que le proporcione una oportunidad más de ejercer alguna calidad que hasta el momento se haya visto comprimida).

El Conde de Keyserling relata la anécdota siguiente: A una mujer canadiense muy femenina, madre de una docena de hijos robustos, le preguntaron si quería tener voto. ¿Voto? —dijo—. Si hay algo en el mundo que los hombres puedan hacer solos, por Dios los dejeis que lo hagan.

En efecto, hay en la mujer ciertas calidades que sólo a ella pertenecen, características propias, cuyo desenvolvimiento enriquece el acervo vital humano, y que por su misma índole están fuera de las posibilidades del hombre. En el caso de la anécdota citada ¿podría por ventura aquella mujer "madre de una docena de hijos robustos" considerar que el ejercicio del voto implique para ella algún progreso?, ¿creería que por tal motivo habría de encontrarse más próxima al ideal o al que ella es mujer? Sin duda nada de esto pasaría por su mente y menos aún el que la educación de sus doce hijos, con todo el

se le reconoce y dueñe a tiempo.

De ahí que el siglo romántico que tan bien se ha entendido con toda laya de "genios" no compagine con el genio político. No hay política romántica. El genio político es, por definición, clásico, es decir, discreto, medido, equilibrado.

Pues bien, no nos desilusionemos la operación política que la vida argentina hallará hoy absorta requiere generalidad en quienes están llamados a consumarla.

Repárese si se, y por lo pronto en la siguiente. Perón para —desde su situación de "facto", esto es, al margen de los cuadros políticos tradicionales— llegar al gobierno, hubo de remover lo social, hubo de "reintegrar" en y con la subconciencia del país, con el fondo oscuro de unas energías sociales informes y anónimas. Han pues el psicoanalista del pueblo argentino. Y la hizo, ya se ve, con éxito mayestático. Pero tal incursión por los senderos sociales sólo fue posible efectuada debido, precisamente, a que las estructuras políticas y jurídicas vigentes —la concepción visible del país, para seguir con nuestro habitual freudianismo— habían resquebrajado. Sólo a través de las múltiples grietas del viejo armazón democrático pudo pasar y manifestarse lo social en cuanto tal. Porque no se le da vuelta al asunto: el orden político —democrático, monárquico o socialista— sólo es orden en la medida en que configura y armoniza ener-

gías sociales subyacentes. En cuanto deja de ser orden vivo, ordenamiento de lo social, este —lo social mismo— en esperar a más acierte a la importación pública y atropella por doquier.

No se repite, pues, a Perón que apostado en lo social desahoga base al Régimen. El Régimen por defectuadas intrínsecas había de cada ya de representar a la sociedad nacional.

Más, por su parte, el peronismo y su jefe, no podrían sino al mismo tiempo cargar con responsabilidades innumeras, eludir el problema a cuyos planteamientos y agudización han contribuido de manera tan inequívoca. En su deber está advertir con toda seriedad y honradez el grave, el dramático contenido de la presente situación argentina. Lo que hasta ahora acontece en las esferas gubernativas es, por el contrario, indicio de desorden, de frivola improvisación. Pero, si el gobierno, que está a tiempo, de veras y políticamente se propone estar que las energías sociales puestas en movimiento por su propia predica proselitista vayan a parar, tarde o pronto, pero inevitablemente, a la revolución roja, tendrá, de inmediato, que hacerse cargo de la necesidad en que él se encuentra de atinar con un "tratamiento" político energético, esto es, de bases jerárquicas y autoritarias. —Si bien respetuoso de las libertades individuales y del orden civil—, que sin defraudar las esperanzas legítimas de las masas obreras proponga unas tareas y unas cin-

delas comunes en que tenga cabida, por encima de los intereses particulares de obreros y capitalistas, el *sentido nacional* del país. Tal, y por difícil de realizar que parezca, el requisito previo a todo posible acuerdo desde el gobierno y en las actuales circunstancias argentinas.

Después de los principales contornos, pues, la presente situación argentina: el uso la quiebra total del régimen político vigente hasta el 4 de junio de 1943; el otro, que no es sino consecuencia inmediata del anterior, la aparición sobre el haz visible de la vida pública de energías sociales y ánimos de renovación manteniendo táctiles hasta la fecha actual.

Ahora bien, el régimen político anterior a la revolución de junio era un régimen democrático. El de Perón aunque de incontestable procedencia popular no puede decirse que lo sea. En todo caso no entra en cañilleros conocidos. De todo lo cual podría seguirse que debido al fracaso y quiebra de nuestro régimen democrático se trataría de atinar con una ordenación política distinta de la democrática. Sin embargo, tal deducción no es aceptable. Pecaría de simplista, fuera de que implicaría caer en el mismo tipo de error político que se trata, precisamente, de combatir. La esterilidad del planteo democrático consiste, como es sabido, en que por adherir con fe supersticiosa a un esquema teórico y único de la realidad política acaba desentendiéndose

de ella y alejándose de ella. No. Aquí no interpuso tener en el debate de las fuerzas posibles de gobierno, de discernir qué agente *conveniente* a la democracia es bueno o malo, convenientemente o convenientemente, ni siquiera de caer sobre ella las culpas de todo o nada que para y la posada en la Argentina. De lo que se trata es, simplemente, de reconocer, conforme la indican los hechos, que el régimen democrático en vigor hasta el 4 de junio de 1943 carece hoy de posibilidades concretas de subsistencia de industrial y como tal. Lo cual pone mucho más que de tales o cuales deficiencias formales de la democracia, de la pérdida de toda fuerza colectiva, de la falta de fe pública en la fe democrática, en sus instituciones y en sus dirigentes partidarios. Sin que para el caso importe mucho investigar con minuciosidad las causas del hecho señalado.

Asimismo, pues, conviene no engañarse, al planteo por definición revolucionario. Trabajo cuesta imaginar una revolución sin grandes batallas, sin tiros y cañonazos, sin certezas o colgadas. Sin embargo, y por poco que se piense al respecto, tales notas cruentas no hacen a la esencia de las revoluciones. La temperatura política no es incompatible con ella. Estado de cosas revolucionario existe cuando de modo inequívoco cabe comprobar que un orden político dado —que un sistema de modos y formas de convivencia

pliegue de energía vital que ello supone, sea una tarea menos seria o menos árdua que el ejercicio del voto. Una mujer así, que tuviese plena conciencia de los valores de toda índole que van implicados en su actividad específica —despliegue de fines sentimentales, intuición afectiva de las cosas aparentemente más pequeñas, rápida comprensión —debido a una notable sensibilidad— de lo que sucede sobre el instante imperceptible de un gesto, de una sonrisa, etc., una mujer pues que valore y sobrepase aquello que cative tal posea en exclusiva propiedad no errará haber cruzado los umbrales del cielo porque se le obsequie con una libreta de ciudadano.

La verdad que la libreta de ciudadano significa nada menos que la posibilidad de ejercer una actividad sin duda superior a la actividad privada, ya que se trata de participar en la vida de la comunidad en cuanto tal, mas este tipo de actividad se circunscribe a cuestiones ajenas a aquellas donde la mujer siempre ha dominado, distintas pues de las propiamente suyas, de aquellas que siempre han requerido calidades humanas de que el sector masculino de la humanidad se halla desposeído en absoluto.

Ahora bien, como no estamos

haciendo aquí la defensa del hombre sino la de la mujer, frente a los ataques de los feministas —esos eternos enemigos de la feminidad— no debemos por qué consideramos como privilegio del hombre —aunque haya excepciones— el "habitus" político, es decir la facultad discrecional de los asuntos públicos. Damos solamente que cuando se otorga a la mujer la oportunidad de actuar en política o se le impulsa a ello no se le orienta por su propio derrotero sino que se le promueve a avanzar por caminos que no son el suyo. Hay un modo de proceder frente a la vida específicamente femenino que complementa el que hacer del hombre, pero que por eso mismo no se le identifica.

Puede sin embargo la mujer gravitar en los asuntos públicos; muchos lo han hecho y lo hacen, mas esa intervención —benéfica o perniciosa— sólo será eficaz si posee una modalidad típicamente femenina. El autor citado más arriba afirma que la mujer actúa como inspiradora en el mundo cultural, lo cual —añade— es cosa difícil de explicar ya que por la misma índole de esa situación predominantemente sentimental resulta difícil traducirla en formas conceptuales. Ha habido mujeres que en tal sentido han influido

poderosamente en la vida de las naciones; así la legendaria Helena, señala en la Helade un punto crucial de determinantes acontecimientos, y nada hay por cierto más femenino en la tradición griega que Helena de Troya, la misma Juana de Arco —para referirnos a un caso totalmente distinto— que alumbra la historia de Francia con su real santidad y su heroísmo extraordinario, y que tanto influyó en la vida política de su nación, es no obstante todas las apariencias en contrario una figura auténticamente femenina; así, por ejemplo, nos hace notar Hilaire Belloc que nunca usó Juana de su espada para matar ni herir a nadie y que se ofrecía a los golpes de los enemigos sin devolverlos jamás, todo lo cual sería inaudito en un guerrero varón. Santa Juana de Arco, inspirada por Dios, actúa sobre sus soldados de un modo singular determinándolos a la lucha y a proceder como hombres guerreros mientras ella aunque vestida de varón y jefe del ejército se reserva el modo de proceder conveniente a su feminidad.

Sólo la fiebre moderna del igualitarismo puede desconocer las diferencias evidentes entre la paquí femenina y la masculina. Es perturbar el orden natural de

las cosas —no perfeccionarlo— inducir a la mujer a la adopción de modalidades trasplantadas y que resultan de suyo artificiosas. Los feministas, repetimos, substituyen a la mujer, desconocen que hay en ella valores específicos e intransferibles y que su perfección no consiste en ser igual al hombre, otro hombre, sino en complementarlo a éste, ya que "no es bueno que el hombre esté solo". De ello no habrá que deducir, claro está, que todas las mujeres deban irremediablemente casarse, sino sólo —y es lo que deseamos acentuar aquí— que la mujer aporte de por sí al conjunto vital humano algo propio, valores exclusivamente suyos, cuya excelencia no estriba en ser calidades que el hombre pretende enseñorearse sino en que por su misma naturaleza siempre serán propiedad y distinción de la mujer.

No creemos pues que el derecho de votar agregue mucho a lo que desde hace siglos se ha reconocido como un patrimonio de la mujer; sin embargo es de temer que la persistencia del mismo feminismo enturbie no poco las gracias de la feminidad.

José M. de Estrada.

plasma. No hecho crisis y per-
manece.

Pero bien, tal es, hasta ahora,
el caso de la República Argen-
tina. Adhuc esto de una situa-
ción revolucionaria, pero sin que
haya el presentir del momento de
su transición a la violencia. De ahí
que con tanta impetuosidad ha-
yamos sentido nuestra en las
revueltas sin por que las causas
económicas difieren. No por
cierto, que las adversidades han in-
convenientes, la desconfianza, la in-
seguridad desconfianza que todo
siento revolucionario que surge,
sino que tal estado de cosas re-
volucionario tiene lugar en co-
municación tanta inestabilidad como
interdependencias que amarran a
vez como muy posible una ad-
ción venturosa para el país.

De ningún modo sostenemos,
pues, que haya que reemplazar
las formas democráticas por una
autodictadura. De lo que se
trata, más sencilla y perecedera-
mente, es de evitar por todos los
medios posibles —y esos medios
existen— que el país, debido al
abandono revolucionario en que hoy
se apoya sus instituciones públi-
cas, caiga en violencias extremas.

Pero no nos apresuramos de nues-
tra propuesta inicial de discernir
la trayectoria pecuniaria.

Toda parece indicar que el je-
fe del gobierno, a quien acaso ocu-
pe la originalidad de su pro-
pia situación, no vea, en su afán
de buscar precedentes, o mejor,
de buscar precedentes a su revo-
lución. Y lo que en el pasado
inmediato mayor compaña con
su sensibilidad y con su idea es-
quemática de que éste es un país
explotado por una minoría oligár-
quica conservadora —la cual, sin
embargo, para bien o para mal, es
lo dirá Dios, ha hecho, en su
pequeña parte, el país que es mis-
tra patria— es el radicalismo. El
radicalismo de Irigoyen. Y aquí es
donde la cosa se pone peliaguda,
o mejor, peluda; pues tan lejos
de lo nuevo que representa Perón,
tan comprendido en la con-
servación del régimen anterior al
4 de junio, están los radicales de
Irigoyen como los conservadores y
otros sucesores de menor cuantía.
A la vista está que Irigoyen no
fue sino el parásito del Régimen,
de ningún modo su antitesa y
contradictor efectivo. La populari-
dad del Sr. Irigoyen se alimentó
de los juegos regiminales o, si se
quiere, de su confusión de demón-
stración sincera que desmascara el
falso crisol democrático del ad-
versario. Mas el caso de Perón es
totalmente distinto. Según ya lo
concluimos, el rasgo diferencia-
dor del peronismo —su originali-
dad— consiste en su completi-
tud, absoluta desvinculación del Régimen.
O no otra cosa que éste o se
quede en hueso de paja, (con las
nuevas consecuencias que de ello
se seguirán para el país). Claro
que ser original no es asunto fá-
cil. En política es la más difícil
que imaginar cabe. Pero es origi-
nal no el que quiere sino el que
—padeciendo— no tiene más re-
medios que hacer. Que serlo o pe-
recer.

Mejor, más cómodo, es, ya se
sabe, participar de un orden es-
table y establecido y hacer den-

ta de él. Entre otros ejemplos, el
caso de la Unión Soviética. Pero
bien, tal es, hasta ahora, el caso
de la República Argentina. Adhuc
esto de una situación revolucionaria,
pero sin que haya el presentir del
momento de su transición a la
violencia. De ahí que con tanta
impetuosidad hayamos sentido
nuestra en las revueltas sin por
que las causas económicas difieren.

No por cierto, que las adversidades
han inconvenientes, la desconfianza,
la inseguridad desconfianza que
todo siento revolucionario que surge,
sino que tal estado de cosas revo-
lucionario tiene lugar en comuni-
cación tanta inestabilidad como
interdependencias que amarran a
vez como muy posible una ad-
ción venturosa para el país.

De ningún modo sostenemos,

pues, que haya que reemplazar

las formas democráticas por una

autodictadura. De lo que se trata,

más sencilla y perecedera-mente,

es de evitar por todos los medios

posibles —y esos medios existen—

que el país, debido al abandono

revolucionario en que hoy se apoya

sus instituciones públicas, caiga en

violencias extremas.

Pero no nos apresuramos de nues-
tra propuesta inicial de discernir
la trayectoria pecuniaria.

Toda parece indicar que el jefe
del gobierno, a quien acaso ocupe
la originalidad de su propia
situación, no vea, en su afán de
buscar precedentes, o mejor, de
buscar precedentes a su revolución.

Y lo que en el pasado inmediato
mayor compaña con su sensibilidad
y con su idea esquemática de que
éste es un país explotado por una
minoría oligárquica conservadora

—la cual, sin embargo, para bien
o para mal, es lo dirá Dios, ha
hecho, en su pequeña parte, el país
que es nuestra patria— es el
radicalismo. El radicalismo de
Irigoyen. Y aquí es donde la cosa
se pone peliaguda, o mejor, peluda;

pues tan lejos de lo nuevo que
representa Perón, tan comprendido
en la conservación del régimen
anterior al 4 de junio, están los
radicales de Irigoyen como los
conservadores y otros sucesores de
menor cuantía. A la vista está que
Irigoyen no fue sino el parásito del
Régimen, de ningún modo su
antitesa y contradictor efectivo. La
popularidad del Sr. Irigoyen se
alimentó de los juegos regiminales
o, si se quiere, de su confusión de
demostración sincera que desmas-
cara el falso crisol democrático del
adversario. Mas el caso de Perón
es totalmente distinto. Según ya lo
concluimos, el rasgo diferenciador
del peronismo —su originalidad—
consiste en su completitud, absoluta
desvinculación del Régimen. O no
otra cosa que éste o se quede en
hueso de paja, (con las nuevas
consecuencias que de ello se
seguirán para el país). Claro que
ser original no es asunto fácil. En
política es la más difícil que
imaginar cabe. Pero es original no
el que quiere sino el que —padecien-
do— no tiene más remedios que
hacer. Que serlo o perecer.

Mejor, más cómodo, es, ya se
sabe, participar de un orden estable
y establecido y hacer den-

ta de él. Entre otros ejemplos, el
caso de la Unión Soviética. Pero
bien, tal es, hasta ahora, el caso
de la República Argentina. Adhuc
esto de una situación revolucionaria,
pero sin que haya el presentir del
momento de su transición a la
violencia. De ahí que con tanta
impetuosidad hayamos sentido
nuestra en las revueltas sin por
que las causas económicas difieren.

No por cierto, que las adversidades
han inconvenientes, la desconfianza,
la inseguridad desconfianza que
todo siento revolucionario que surge,
sino que tal estado de cosas revo-
lucionario tiene lugar en comuni-
cación tanta inestabilidad como
interdependencias que amarran a
vez como muy posible una ad-
ción venturosa para el país.

De ningún modo sostenemos,

pues, que haya que reemplazar

las formas democráticas por una

autodictadura. De lo que se trata,

más sencilla y perecedera-mente,

es de evitar por todos los medios

posibles —y esos medios existen—

que el país, debido al abandono

revolucionario en que hoy se apoya

sus instituciones públicas, caiga en

violencias extremas.

Pero no nos apresuramos de nues-
tra propuesta inicial de discernir
la trayectoria pecuniaria.

Toda parece indicar que el jefe
del gobierno, a quien acaso ocupe
la originalidad de su propia
situación, no vea, en su afán de
buscar precedentes, o mejor, de
buscar precedentes a su revolución.

Y lo que en el pasado inmediato
mayor compaña con su sensibilidad
y con su idea esquemática de que
éste es un país explotado por una
minoría oligárquica conservadora

—la cual, sin embargo, para bien
o para mal, es lo dirá Dios, ha
hecho, en su pequeña parte, el país
que es nuestra patria— es el
radicalismo. El radicalismo de
Irigoyen. Y aquí es donde la cosa
se pone peliaguda, o mejor, peluda;

pues tan lejos de lo nuevo que
representa Perón, tan comprendido
en la conservación del régimen
anterior al 4 de junio, están los
radicales de Irigoyen como los
conservadores y otros sucesores de
menor cuantía. A la vista está que
Irigoyen no fue sino el parásito del
Régimen, de ningún modo su
antitesa y contradictor efectivo. La
popularidad del Sr. Irigoyen se
alimentó de los juegos regiminales
o, si se quiere, de su confusión de
demostración sincera que desmas-
cara el falso crisol democrático del
adversario. Mas el caso de Perón
es totalmente distinto. Según ya lo
concluimos, el rasgo diferenciador
del peronismo —su originalidad—
consiste en su completitud, absoluta
desvinculación del Régimen. O no
otra cosa que éste o se quede en
hueso de paja, (con las nuevas
consecuencias que de ello se
seguirán para el país). Claro que
ser original no es asunto fácil. En
política es la más difícil que
imaginar cabe. Pero es original no
el que quiere sino el que —padecien-
do— no tiene más remedios que
hacer. Que serlo o perecer.

Mejor, más cómodo, es, ya se
sabe, participar de un orden estable
y establecido y hacer den-

ta de él. Entre otros ejemplos, el
caso de la Unión Soviética. Pero
bien, tal es, hasta ahora, el caso
de la República Argentina. Adhuc
esto de una situación revolucionaria,
pero sin que haya el presentir del
momento de su transición a la
violencia. De ahí que con tanta
impetuosidad hayamos sentido
nuestra en las revueltas sin por
que las causas económicas difieren.

No por cierto, que las adversidades
han inconvenientes, la desconfianza,
la inseguridad desconfianza que
todo siento revolucionario que surge,
sino que tal estado de cosas revo-
lucionario tiene lugar en comuni-
cación tanta inestabilidad como
interdependencias que amarran a
vez como muy posible una ad-
ción venturosa para el país.

De ningún modo sostenemos,
pues, que haya que reemplazar
las formas democráticas por una
autodictadura. De lo que se trata,
más sencilla y perecedera-mente,

es de evitar por todos los medios

posibles —y esos medios existen—

que el país, debido al abandono

revolucionario en que hoy se apoya

sus instituciones públicas, caiga en

violencias extremas.

Pero no nos apresuramos de nues-
tra propuesta inicial de discernir
la trayectoria pecuniaria.

Toda parece indicar que el jefe
del gobierno, a quien acaso ocupe
la originalidad de su propia
situación, no vea, en su afán de
buscar precedentes, o mejor, de
buscar precedentes a su revolución.

Y lo que en el pasado inmediato
mayor compaña con su sensibilidad
y con su idea esquemática de que
éste es un país explotado por una
minoría oligárquica conservadora

—la cual, sin embargo, para bien
o para mal, es lo dirá Dios, ha
hecho, en su pequeña parte, el país
que es nuestra patria— es el
radicalismo. El radicalismo de
Irigoyen. Y aquí es donde la cosa
se pone peliaguda, o mejor, peluda;

pues tan lejos de lo nuevo que
representa Perón, tan comprendido
en la conservación del régimen
anterior al 4 de junio, están los
radicales de Irigoyen como los
conservadores y otros sucesores de
menor cuantía. A la vista está que
Irigoyen no fue sino el parásito del
Régimen, de ningún modo su
antitesa y contradictor efectivo. La
popularidad del Sr. Irigoyen se
alimentó de los juegos regiminales
o, si se quiere, de su confusión de
demostración sincera que desmas-
cara el falso crisol democrático del
adversario. Mas el caso de Perón
es totalmente distinto. Según ya lo
concluimos, el rasgo diferenciador
del peronismo —su originalidad—
consiste en su completitud, absoluta
desvinculación del Régimen. O no
otra cosa que éste o se quede en
hueso de paja, (con las nuevas
consecuencias que de ello se
seguirán para el país). Claro que
ser original no es asunto fácil. En
política es la más difícil que
imaginar cabe. Pero es original no
el que quiere sino el que —padecien-
do— no tiene más remedios que
hacer. Que serlo o perecer.

Mejor, más cómodo, es, ya se
sabe, participar de un orden estable
y establecido y hacer den-

LA PINTURA EN EL SALON NACIONAL

MÁXIMO ESTEBECOPAR

En el conjunto expuesto en el
Salón Nacional, hay valores en-
tregados, pero es extrema la proporción
de los que tratan de la calidad.

En la selección que precede la
apertura del Salón, puede llamarse
señal de los que no se puede escapar
a la calidad, y al contrario.

De las trescientas obras que
entran en el Salón, pueden llamarse
señal de los que no se puede escapar
a la calidad, y al contrario.

En la selección que precede la
apertura del Salón, puede llamarse
señal de los que no se puede escapar
a la calidad, y al contrario.

Pero antes de referirnos a esto,
digamos que el remedio para
evitar que el Salón Nacional muestre
todos los años el mismo defecto,
podría consistir en la contratación
de un jurado único y extranjero
que el Gobierno podría hacer
venir de Europa, eligiendo para
ello un artista o crítico prestigioso.
El hecho de ser extranjero la
librería de vinculaciones y de esos
compromisos, inestables en el mundo
de los artistas, cuyos resultados
están a la vista.

Empecemos con los ejemplos
tomados dos premios bien otorgados,
Prónato y Gómez Cornet,
aun cuando nuestra conformidad
provenga para cada uno, de causas
distintas. En primer lugar, exa-
minemos "El Camarero de los Si-
rios" por Domingo Provenza, quien
nos introduce con extraordinaria

fuerza en el misterio de la selva
condilera. El agil pincel de
Prónato usa un óleo rico y vence
la dificultad mayor del paisaje,
que es el ambiente y sugiere el
progreso de la naturaleza repre-
senta. Además su técnica, muy per-
sonal, imbuía las formas sin
defensas, empleando con moderación
el recurso cuyo peligro es el
abuso.

En el otro caso, los antecedentes
de Gómez Cornet son los que
justifican la adjudicación del
gran premio por encima de la
obra elegida, que es satisfactoria.
El acierto de toda su obra en general,
es sincero; las figuras de Gómez
Cornet se han apartado de la
retórica, tienen algo de ascético que
los ennoblece.

Por lo común, se ha privado aún
de los recursos licitos de la técnica
para lograr pureza de emoción
y colores brillantes, ni pulcritud
de formas, ni alarde de técnica
personal o difícil, ni exhibición de
sensibilidad ultra refinada.

Pero todas estas cualidades no
lucen en "La Urpila", el cuadro
premiado que desmerece al autor.
La composición del dibujo es me-
diocre, apareciendo como super-
fluos y anecdóticos los detalles que
rodean el motivo central. Quizá
por afán de realismo, se ha pinta-
do esa zona verde de los árboles
que distrae la atención por brillar
demasiado en un objeto sin impor-
tancia. En una palabra, no es por
esta obra por lo que Gómez Cornet
hubiera merecido obtener la distin-
ción otorgada.

Otras tres obras premiadas se
han de elogiar. "Día Gris en Tan-
dill" por Rafael Rortugno, "Des-
canso" por Santiago Cordero y "Bo-
tella y Frutas" por Roberto Rossi,

que una técnica sencilla, lo que
el pintor usa en colores y en
una técnica sencilla, lo que el
pintor usa en colores y en una
técnica sencilla, lo que el pintor
usa en colores y en una técnica
sencilla, lo que el pintor usa en
colores y en una técnica sencilla,
lo que el pintor usa en colores y
en una técnica sencilla, lo que el
pintor usa en colores y en una
técnica sencilla, lo que el pintor
usa en colores y en una técnica
sencilla, lo que el pintor usa en
colores y en una técnica sencilla,

que una técnica sencilla, lo que
el pintor usa en colores y en
una técnica sencilla, lo que el
pintor usa en colores y en una
técnica sencilla, lo que el pintor
usa en colores y en una técnica
sencilla, lo que el pintor usa en
colores y en una técnica sencilla,
lo que el pintor usa en colores y
en una técnica sencilla, lo que el
pintor usa en colores y en una
técnica sencilla, lo que el pintor
usa en colores y en una técnica
sencilla, lo que el pintor usa en
colores y en una técnica sencilla,

que una técnica sencilla, lo que
el pintor usa en colores y en
una técnica sencilla, lo que el
pintor usa en colores y en una
técnica sencilla, lo que el pintor
usa en colores y en una técnica
sencilla, lo que el pintor usa en
colores y en una técnica sencilla,
lo que el pintor usa en colores y
en una técnica sencilla, lo que el
pintor usa en colores y en una
técnica sencilla, lo que el pintor
usa en colores y en una técnica
sencilla, lo que el pintor usa en
colores y en una técnica sencilla,

que una técnica sencilla, lo que
el pintor usa en colores y en
una técnica sencilla, lo que el
pintor usa en colores y en una
técnica sencilla, lo que el pintor
usa en colores y en una técnica
sencilla, lo que el pintor usa en
colores y en una técnica sencilla,
lo que el pintor usa en colores y
en una técnica sencilla, lo que el
pintor usa en colores y en una
técnica sencilla, lo que el pintor
usa en colores y en una técnica
sencilla, lo que el pintor usa en
colores y en una técnica sencilla,

no, el nivel de la obra se torna más elevada.

También Raúl Solís se inspira en "Figura", obra expresiva y íntima, acabada muestra de la efímera estética del autor.

La naturaleza muerta "Pasadizo", de Ignacio Colombres Galindez, restora la buena impresión dejada por las obras sayas que hemos visto anteriormente. Logra expresar la emoción producida por la unión de las cosas simples, en un lenguaje limpio e inteligente.

Muchas otras obras tienen derecho a ser elogiadas y admiradas pero nos contentaremos con mencionar a Lola de Linares y a Juan del Prete, que dentro de se-

ñores muy alejados, cada uno de ellos en forma diferente merecen que los alabemos. Del Prete en su audaz genialidad y Linares en su fina sensibilidad y dominio del tema.

No hemos pretendido que esta crónica cubra una mínima fracción, ni mucho menos, de las exposiciones buenas y malas del salón. Quisiera mostrar las impresiones más sobresalientes del recuento del certamen y por sobre todo pretende señalar el remedio —jurado extranjero y único— para los males de la almidón sin crítica y de las recompensas mal otorgadas.

MARCEL RETO

MIRILLA

El mejor comentario sobre las nueve declaraciones del gran fabricante, ha sido hecho por Mr. Truman quien se limitó a decir estas nueve palabras: "Las declaraciones del señor Stalin hablan por sí mismas". (La Nación del 28 pág. 1º pág. 8ª col. in fine). Que es como decir: no quiero entrar en el juego de contestar mentiras con engaños, ni tampoco desear caer en la tentación de refutarlo mostrando mi juego. Ahí están: líanlas e interpretenlas ustedes: hablan por sí mismas.

No vamos a seguir una a una las respuestas del dictador ruso al cuestionario que le propuso el Sunday Times de Londres y que aparecieron en todos los diarios del 25 del mes pasado. La ola de optimismo que suscitó perdura todavía y nadie de los que rigen con algún interés los esfuerzos de la paz que estalló el año pasado, puede haberse desentendido de su lectura.

La opinión corriente se ha contentado con las primeras palabras de la primera respuesta y ha dado un inmenso suspiro de alivio con su frase inicial: "No creo en el verdadero peligro de una nueva guerra" y se ha tranquilizado con respecto a la propagación comunista, con la última frase de la última declaración: "El comunismo en un solo país es perfectamente posible, especialmente en un país como la Unión Soviética". Actúo como el sólo, el hombre que nie ha sabido comenzar y terminar con calculadas palabras de apaciguamiento: ni hay guerra ni el comunismo es artículo de exportación, pero... "las declaraciones del señor Stalin hablan por sí mismas", dijo Truman. Veámos cómo hablan.

Pero, antes, brevemente, situaciones. Terminada la guerra, o más exactamente, aniquilada Alemania, las naciones amantes de la paz se aprestaron a legitimar esa unión para dar felicidad a los pueblos. Sabemos lo que pasó. Dos o tres conferencias "de paz" sólo sirvieron para consolidar bloques y zonas de influencia, mientras los tres grandes se repartían apasadamente el cuerpo del gigante caído y los dos del mismo idioma contra el otro, luchaban —y aún pugnan— los unos para retener y el otro para abordar el Me-

diterráneo, clava del dominio del mundo mientras hayan cinco continentes. De esto último dan testimonio el tironeo de Trieste y de los Dardanelos, los "podreca" de Serbia y de Grecia, la consolidación del Negus y el *front* contrarrevolucionario español. Quemando etapas llegamos al reciente discurso de Byrnes con su teoría de Alemania, barrera de Occidente y al fresco llamado de Churchill a la unión europea. La violencia de esta ofensiva y la tensión del ambiente pueden medirse por el hecho insolito de que Wallace, uno de los más populares ministros yanquis, haya sido sensacionalmente "renunciado" por haber manifestado opinión contraria a tal política.

Confrontado a estos hechos, Stalin contrasta con sus declaraciones, que situadas sobre ese panorama comienzan a hablar por sí mismas.

El espectro de una futura guerra, viene a decir comentando en su declaración primera frase, es agitado por militares y políticos (éstos gobernantes yanquis), con el objeto de aumentar el armamentismo y consecuentemente los presupuestos militares, para impedir de ese modo, la desmilitarización y evitar así la desocupación en sus respectivos países. Glorioso brulote de demagogia internacional, si se piensa en los veinte millones de soldados del paraíso soviético.

A renglón seguido se refiere a la unión europea, a la que, en comunista, califica de "cerco capitalista" y le lanza esta piedra a Churchill: "No crea que Inglaterra y los Estados Unidos puedan crear un Cerco Soviético, aún si lo desearan, cosa que no puedo afirmar". Y sobre la teoría de Byrnes acerca de una Alemania, barrera antrusa, utiliza el lenguaje occidental y convencional (y falsísimo) de los políticos europeos y les argumenta *ad hominem*: "Creo que la desmilitarización y democratización de Alemania constituye una firme garantía de una paz duradera".

Pero a continuación no se detiene: ataca e inicia su ofensiva. La lleva ahora adonde lo interesa. No va a Europa donde ni siquiera la *desarmar* podrían convencerme, ingenuos que me dieron gratis el

ELEGIA

"Fado es Bazar la tarde sobre el mundo y
cruce una al fin la esperanza y el amor".
J. D. BARRAL

Dejad la voz sin eco que la ponibre,
el cielo con derrumbe de cristales,
la evasión de la flecha luminosa
y el tiempo conspirando con la tarde.

Sobre el péndulo irio y monacorde
dejad la antigua queja de los sauces
y sobre la presencia de las cosas
este dulce recuerdo para el ángel.

Oid en la penumbra convidada
la alegría de ayer cruzando el aire,
su paso sigiloso que se acerca
trayendome el perfume de su imagen.

Escuchad el silencio florecido
en las ramas más verdes de los árboles.

Es su nombre de sueño amortajado
que viene desde un páramo distante.

Es ella que retorna pensativa,
con sus ojos cargados de paisajes,
y soy yo que la busco desolado,
escalando los últimos umbrales.

Y evocando la sombra dolorida
en la triste elocuencia del instante
un gorjeo de pájaros heridos
con la agonía de mis soledades).

Inicial de silencio florecido,
vispera del amor sin desenlace.

ALBERTO J. DIAZ BAGÜ



famoso "segundo frente" que necesité para zafarme del verdadero brazo de Occidente, sino al Asia que también será mía. Encarándose con los yanquis les dice: "Creo que un pronto retiro de todos las tropas norteamericanas de China, será vital para la paz futura". Esto es lo que se llama un ultimatum disfrazado de invitación.

Y para rematar se entromete con nuestra bomba atómica, "que tiene en sí la fuerza de los soles", como dijeron oficialmente pre Nagasaki sus piosos inventores. No creo en ella "como fuerza seria" se atreve a decir, en plena concordancia con nuestras sospechas per-

sonales, repetidas veces mirilladas desde estas columnas: la considera "destinada a intimidar a los que tienen nervios débiles" (sic) y termina previniendo: "Cierta posesión monopolista —que no puede durar mucho— (ojo) crea una amenaza".

Nadie nos ha podido explicar todavía cómo, de qué manera, con qué superficial juicio, han podido considerarse estas amenazantes declaraciones de las que con perspicacia inesperada Mr. Truman ha dicho bien que hablan por sí mismas.

CLEMENTE ESPERLA

DIARIO DE UN BUZO

Luzera.—Hablamos del caso Perón y de sus barbotantes afluentes políticos.

Cierta vez, verdaderamente ya las elecciones nacionales, dijimos a un entusiasta amigo que el 4 de Junio iba siendo una revolución democrática. Nuestro amigo, nos miró por entonces con bastante fastidio. Porque era de los que creían demerado en las virtudes autoritarias, en las salutíferas emanaciones del 17 de octubre.

Y bien, el diagnóstico ahora se confirma. Toda la persistente gravedad del nuevo movimiento deriva de su entraña gregaria. Acaso sea, en este sentido, exacto el fastidioso aserto que lo declara única revolución argentina. Pues aunque enumeremos muchas, revolución con toda la barba social, no ha habido aquí ninguna. Lo que hubo fue, fueron, golpes de Estado, formas más o menos apresuradas de rotación del poder. También el 4 de Junio —obvio es el recuerdo— se administró inicialmente de este modo.

Por ahí nosotros —el buzo y yo— coincidimos, mucho más de lo que pudiera suponerse, con determinadas opiniones corrientes. Cuando, por ejemplo, un buen radical se acerca a decirnos que solo por el radicalismo se conoce la democracia en la Argentina, nosotros asentimos con singular convicción. En efecto, hay un antes y un después del radicalismo, que se distinguen como tonos diversos de vida pública, del mismo modo que va cabe señalar un sero después del 4 de Junio. El antes del Noventa era un país que hablaba al mundo con bisión optimista liberal por boca de sus cortinamente inocuos despetos ilustrados. (La izquierda, un desierto entonces donde ayunaban unos cuantos desconocidos por lecturas de mala muerte). Después del Noventa, comienza a aplicarse la letra democrática como cuando en las huelgas el trabajo se realiza a reglamento. El radicalismo, pues, personifica la democracia que del ideológico más allá en que plantea, baja al terreno de la política. Y así con su elipsis democrática se castiga, hace penitencia el benio liberalismo.

Pero lo que ahora deja atrás a los pobres radicales es la instancia social del recurso revolucionario. Y así como vimos el desplazamiento del liberalismo, hoy vemos a la democracia rebasante de cuestión social. Esta es la dialéctica del desorden. Es acertar en el descenso, imprimir velocidad a lo que ya corre cuesta abajo.

Por eso decimos que el peronismo ha resultado ser una especie de exasperada biología democrática. Si, es la exasperación de un fin de régimen que se prolonga a través de descendencias desordenadas.

Pero conste, cuidado con los esquemas, cuidado con el índice que dibuja ratiocinamientos volutas en el aire. No en vano existe también

en la historia un modo de liber albedrío. En todo esto hay una paradoja y un engaña: el peronismo es la democracia excepto, acaso, el propio Perón. Lo peor, por tanto, es el peronismo sin Perón o, como hasta aquí, Perón reducido a persona. Mas el hecho de su popularidad política trae consigo la perspectiva del atajo comunista. Y el gobierno de uno solo o consume la democracia en tiranía o la pone a tiro de una reacción con la fuerza misma de la revolución.

JUEVES.—¿Qué gran tentación, sin embargo, la del esquema! ¿Qué cómoda salida, que descanso, qué apoyo esto de tener a mano una explicación radiográfica de las cosas! (Como visto así, en diseño, en mental perspectiva, la realidad nos parece ser sumisa y estar rendida a nuestra soberana observación).

Pero los esquemas no lo son directamente de las cosas, sino de las ideas. Más que radiografías de aquellas nos suministran espectrales refracciones de éstas. Ideas de ideas —conceptos de otros conceptos— como si dijéramos literatura de literatura.

La realidad, a través de esquemas, se nos alcanza adelgazada, muy menuda, sutil, transparente, demasiado clara. Y compuesto el esquemático escorzo, un líneas tomeros, su propia angulosidad tiran te relajan el sentido de la medida, la escapa, escapa, abstracta. Y se acude al relleno, a la pintura, a la imagen, al color. Es el momento de los dibujos, de los redondeos, rozamientos y plásticos tópicos que en las exposiciones se radican, se insertan. Y el lugar común, peligroso vecino del sentido común, se apodera del lugar lógico.

Dicho ello, pretendiendo sobre tales escollos, que a la semierrada navegación dificultan, reduzcamos a riquena nuestro enfoque de la historia política, mejor, cívica ar-

gentina. Historia, en todo caso, medida aún a partir de la Organización.

Con la Organización puede afirmarse que gobierna, y reina, además, en la política, una clase liberal, teórica heredera en punto a tradiciones inmediatas, del jacobinismo de derecha de Moreno y Rivadavia. Quienes típicamente la personifican ahora son Mitre y Boca, los hombres de más preminente influencia política y mayor gravitación en los sucesos. He ahí el auténtico cuneo del régimen. El régimen empieza con la Organización y con el radicalismo se interrumpe y trasmata. Durante el régimen el país ignora en absoluto la democracia. Por muchas razones. Entre otras porque el régimen es liberal pero no es nada democrático. En el Noventa, los primeros síntomas del malestar se manifestaban. La Unión Cívica tiene un aire cismático, negador. La lucha política ya no media entre personas a las que solo distancia la personal situación puesto que todas aceptan los mismos valores entendidos. Al fin, Alem despotica contra esos valores entendidos. Pide otro juego, otras reglas de juego, quiere que se reconozcan los derechos políticos de la mayoría. Entonces, los quinites abren paso y se vota en los comicios de las tribus. Las derechas no recapacitan. Sin embargo, producen frente a la oscura ralea pseudo tradicional de Alem la fresca progenie gringa de Pellegrini. Hasta aquí, la cosa pública no estaba diferenciada del culto doméstico. La ciudad era, como la Ciudad Antigua, todavía una suma de familias.

El régimen no supo presidir la transición. De verna creía en la democracia, en la medida precisamente en que, de hecho, la desconocía. El radicalismo da a conocer al país la causa. Sin que se discerna bien, esto significa: democracia contra liberalismo. Sin que se discerna bien: la

causa en regala los abales del régimen. En resumen, la democracia incorporada al teórico Estado de Derecho, se contiene en los límites de una democracia política. Y las derechas andan todas cohibidas por tener que sumarse a la derecha.

A su turno, pues, el radicalismo proporciona al régimen la dimensión democrática. La dialéctica liberal sigue adelante así. Por fin, el 4 de Junio impone el último tramo, el último producido desordenado de la democracia social. Y todo ello al margen de la profunda tendencia del país, todo ello sin vera dirección política.

VIERNES. La meditación del buzo. — Esa creencia ya endurecida en credo académico que asigna a nuestras guerras civiles el carácter de una disputa sobre la autoridad del régimen de gobierno, está desprovista de rigor mental. No es la forma centralizada frente a la descentralizada lo que distingue a los unitarios de los federales. Esto constituye, en definitiva, la cuestión superficial. Los federales fueron localistas simplemente porque soportaban el imperio de las cosas, la abrumadora geografía, la inercia de la distancia y el tiempo. Pero no eran federalistas en tanto el federalismo como teoría política o régimen los atrajera. Resultaría en tal caso absurdo que la tendencia más certeramente patria, menos curiosa de lo foráneo, fuera la que bregara por un sistema tal cual el federalismo que era en absoluto exótico, recientemente importado de afuera. Fueron unitarios, doctorados unitarios, quienes suministraron el federalismo con su atuendo doctrinario a los caudillos que aprovecharon del campamento pretexto y de la fraseología política, mientras iban teniendo de rojo, acorralando, llenando de peculiaridades de la tierra, conviniéndola en suya, esa fraseología advenediza.

Pero que los caudillos fueran localistas y los unitarios centralizadores a consecuencia de sus respectivos medios de actuación, no significa diferencia fundamental sobre la naturaleza y alcance del poder. Todos estaban por el gobierno fuerte, más aún, la existencia del gobierno estaba supeditada a la condición de fuerza. Se ejercía con prepotencia para que el poder llegara a sentirse, penetrara en todas partes demostrando su categoría de hecho contundente. Porque la omisión de todo otro vínculo que no fuera el doméstico y la falta de toda forma de culto público, requería que el gobierno para ser advertido se encaramase con ostentación.

La verdad es que en todo caso el centralismo unitario fue pretensión a un gobierno mayor, más vasto que el ambicionado por el localismo federal.

SANJOSE

EL IMAGINERO

EXPOSICION Y VENTA DE OBJETOS DE ARTE ANTIGUO Y MODERNO

RODRIGUEZ PEÑA 1152

BUENOS AIRES

BALCON

REVISTA SEMANAL

Dirección y Administración:
Sarmiento 930, 6º piso B.

Suscripción anual \$ 15.-
Semestral \$ 8.-

Trimestral \$ 5.-
Número suelto \$ 0,30